

médito

CUENTOS PARA FOMENTAR EL TURISMO

LOS CHAMBONES DEL PRÓCER

Para Samuel R. Quiñones.

La ilustre Orden de los Jíbaros Descalzos es tan antigua en Puerto Rico que se supone instaurada por el propio Juan Ponce, antes que le sangraran las plantas en el mar. El jíbaro descalzo es un ser estoico, pálido, que ha sembrado su fiame patricio en las albardillas de nuestra serranía. Yo conocí un jíbaro descalzo, el patriarca don Nene Cabrera, uno de esos viejos sarmentosos que produce nuestra montaña, que cuando se yerguen para decir una máxima parecen que van a tocar el cielo con la mano. Llevaba tres escapularios guindados en el pecho y en la mano una varita de cuje que lo mismo usaba para azotar a una bestia que para levantarle un verdugón a un ser humano.

La virtud era una cosa que asustaba mucho a los cotejadores electorales del barrio de don Nene Cabrera. El único jíbaro que nunca había vendido su voto en el barrio de Maternillo era el patriarca don Nene Cabrera. Aquel hombre valía veinte y dos votos de hijo, treinta y cinco de nietos, once de entenados, mas quince entre agregados y peones. El caso era un verdadero problema para los cotejadores del barrio aparte de que el numerito que sumaban aquella retrahila de parientes podía ser peligroso en unas elecciones apretadas, el gesto del patriarca era demasiado absurdo para una moral

eleccionaria. Algunos jíbaros podían preocuparse por qué don Nené Cabrera no creía en el beneficio de esa luna de melao que se cuela por el cielo de noviembre en esta tierra.

En el barrio de Maternillo todo el mundo vendía su voto. El servicio militar obligatorio le había calzado los pies a casi todos los retoños de nuestro estoicismo patrio. Vender el voto es una de las reflexiones que puede hacer un hombre con el pie abrigado. La cuestión era no dejarse ajustar el alma por menos de lo que podría ofrecer un contrario. Los cotejadores de barrio tenían una tremenda habilidad para este regateo; cuando se aproximaban las inscripciones empezaban a suspirar los cotejadores:

-!El pobre prócer!; no sé que va a ser de él en estas elecciones.-

-¿Pos qué se le acontece a tu prócer?-

-Que no tenemos dinero para estas elecciones. Ustedes no saben lo que cuesta ganar un distrito. !Hay que transportar tantos votos!- gemía el alicante, velando a su elector.

-Lástima de hombre el prócer- contestaba el elector contándose las niguas. -Pol aquí ha venío ya uno de la central a ajustarnos. Nojotros esperábamos a vel lo que proponía tu prócer.-

El jíbaro<sup>se</sup> ponía a la sombra de un guanabanal a mascar hoja de guanabanillo en lo que la central se peleaba con los cotejadores del prócer. Un jíbaro con cara cándida es peor compañía que la del mismo diablo. No suelta majagua aunque el mocho le caiga de punta. El otro habla mucho y él recula con su media

palabra hasta que lleva al ajustador a la palisada del ofrecimiento:

-Las cosas están muy malas por este Maternillo. No emos tenío gabela ni de la Cru Roja. Amas tu prócel tié muy mala memoria.-

-¿Por qué dices tú eso, cordenado?-

-La vés pasá tu prócel nos ofreció montal un acueduto pa dejal vivil a la quebrá. La probesita se queja de que ha cargao mucha agua pa nojotros.-

El cotejador sabe que el peor elector de su trata es aquel que tiene buena memoria. Ajusta allí mismo a su hombre y le dá el lazo. El convencido se quita su pava y le revienta un ¡viva! al prócer, pero sigue indagando como está la postura por el otro lado. Se prende el lazo en el lado de la pava donde la vuelta es mas oscurita para que no se la vea el otro compadre. Por donde quiera que pasa va en busca de una oreja:

-Guena pelsona que es ese prócel del pueblo; me tié ofrecío dos billetitos pa una necesiá que tengo.-

-Njú. Pa mi que es poco pa agradecel tanto.-

-¿Usté cree?-

-Yo tengo oido a un capatás desil que este año el prócel tendrá que dar mas.-

El pobre lazo del prócer casi desaparece en la vuelta del sombrero. El jíbaro empieza a caminar blandito, quitando cada piedrita que encuentra en el camino, por miedo a tropezar antes que el necesite dejarse caer. Las elecciones son una de las cogiocas

mas tardías que tiene nuestro país. Hay que tener la boca cerrada cuatro años, con el queso rallado sin tragarse hasta que caiga el chorrito de melao que destila la luna de noviembre. Después de todo, el jíbaro sabe que lo mismo cumple un capataz de central que un cotejador, que todos los próceres tienen las orejas llenas del blando rumor del cañaveral y que el acueducto no llega aunque la quebrada moza llegue a viejecita y haya que ponerle una papalina de flores de lechoza.

La cuestión era convencer a la quebrada para que no se seque y coger cualquier palomita de alas verdes que salga volando de un banco: *falbreque*

-Ya verá usted, compai, cuando ese hombre se asiente en la alcadía la papera que le entra.-

-!Alguien tié que vivil deso, preguntón!-

-Adígamelo usted a mí que tengo una blusa nueva y dos hormigones picándome en el forro.-

Sin embargo, para la finca de don Nené Cabrera la luna de noviembre es una luna caliente que afoga los ranchos y las almas. Todas las pocaverguenzas que saben hacer los del pueblo se las han hecho a este patriarca que lleva su virtud guindada por seis cordones negros en el pecho. Le han subido varias veces corridas las contribuciones, le han acusado a todos sus hijos en la Corte Municipal, le han inventado pleitos contra su dominio, y una vez le echaron unas bolitas de fósforo contra sus ranchones. Don Nené Cabrera se ha batido contra la jauria muni-

cipal con un alarde de paciencia admirable: rompiéndole cuatro costillas a cada denunciante. Su estaca de patriarca ha funcionado con tanta ternura que ahora cuando va al pueblo, lo saluda hasta el papalista de su demarcación. El que mas meloso se muestra sin duda alguna es el cotejador del prócer:

-¿Que se puede hacer para que usted sea uno de los nuestros, don Nené?-

-Ya tién ustés bastante con el resto del barrio, pipiolo.-

-El prócer cambiaría el barrio por usted, don Nené.-

-No creo que tu prócel quíea un cambalache tan flojo.-

El meloso alicate iba a rascarse los piojos de su despecho en la oficina del prócer:

-Usted debía hablar con ese condenado jíbaro, prócer. Ese estafermo lo único que hace es reírse de mí.-

-!Cuando acabarán ustedes de entender a estos liberales viejos! ¿Le hablaste mal de los americanos?-

-Lo menos que le he dicho es que las calderas del infierno las hizo un manufacturero de Chicago.-

-¿Y que te contestó?-

-Que lo siente por usted porque los americanos hacen muy buenas calderas.-

El prócer se sonrió viéndose cogido en su propia picardía. !El prócer!; cuatralvo, con pelo blanco en las cuatro patas, con una cabezota indiana, erizada de metáforas, que se había enderezado desde el zangón de un cañaverel hasta el tablero de las constelaciones, con unos ojos lacrimosos capaces de verter cuarenta bi-

llones de lágrimas para vogar por el pequeño mar de amargura que tiene que sufrir un patriota hasta llegar a ponerle la mano encima a un presupuesto, con un viento implacable amarrado por cuatro leontinas de oro y una cebolla, sin osar cambiarse de camisa para que el pueblo no le descubriera su nuevo cuño capitalista. El prócer se sonrió pensando en el virtuoso don Nené Cabrera. Un hombre que había hecho en su carrera de mártir un nuevo tratado de la picardía humana, no puede menos que sonreírse cuando se ve cogido en su propia picardía. Lo malo era que en aquellas elecciones el prócer se estaba jugando una de esas manitas apretadas que aveces tiene que jugarse un santo varón de la política. La central se le había virado con el adversario. La dignidad del prócer no podía rebajarse a una suma que no estuviera de acuerdo con las constelaciones estelares. Don Nené Cabrera era un hombre que tenía muchos votos amarrados a la cintura; había que transigir:

-Dile a don Nené que yo le suplico que venga a verme. Puede ser que de ésta, aprendas tú algo nuevo.-

Por muy arisco que sea un jíbaro descalzo el patriarca no pudo evadirse de la invitación del prócer. La cortesana es una de los puntos flojos de esta tierra, y es la tara jíbara por excelencia. Don Nené se puso su listadillo de cuatro morillas, le planchó el ala a su panamá y encaramó sus pies descalzos en la yegua mas alisada de su hato. El foete de cuje le brincó a la mano como un mal pensamiento.

El despacho del prócer no pudo ocultar su conmoción cuando entró cuan alto era, el patriarca don Nené Cabrera. Hasta las telarañas de la claraboya estaban pendiente de aquel diálogo donde se iba a medir la virtud de un jíbaro descalzo con la malicia de un prócer que había enderezado el lomo desde el zangón de un cañaverál hasta el tablero de las constelaciones. El prócer le tiró una mirada ponzoñosa a los racimos descalzos de don Nené Cabrera:

-Entre usted, don Nené, entre y siéntese. Cuando lo he visto entrar, con esos pies descalzos, casi he creído que era yo el que entraba por esa puerta.-

-¿Por qué?-

-Yo también llegué casi a viejo con los pies descalzos, trabajando en la caña, con las manos tajeadas como usted- suspiró el prócer con la cara mas bonita que un San Juan Bautista. El suspiro del prócer rompió el cristal de la claraboya; la cara se le agrietó de tristeza y se dió un jalón en los mechones que por poco se queda calvo:

-¿Es posible que un jíbaro de tanta condición como don Nené Cabrera ande todavía con los pies descalzos?-

-Allá arriba tos semos iguales y tos andamos descalsos, don- replicó el jíbaro, espántándose el piropo como si fuera una mosca en torno a un saco de azúcar moscabada.

El prócer se levantó a llenar su despacho de trancos furiosos. Le entró un shoguillo que le puso la barriga cerca

de la garganta, la mirada clavada en el cieloraso como si buscara un resquicio de Dios por entre las telarañas de su claraboya para clavarle su protesta:

-Como es posible, Dios mio, que así tenga que vivir un hombre bueno, un hombre puro de nuestra montaña, recogiendo todas las espinas de nuestros zarzales, lacerado por todas los guijarros de nuestros cascarrales, crucificado por los capataces iníchos de esta gran colonia de caña que se llama Puerto Rico. Esto me recuerda mi propia vida, llena de amargura, mi vida inútil de ideales proscritos siempre a merced del tenedor de libros de una central.-

Amigos, la palabra de un prócer tiene mas olores que toda la flora de una isla y mas pezuña que toda la fauna de un continente. Cada vez que carraspea es para aflojarle a un aspirante a empleo público un detirambo que el solicitante se queda en estado de beatitud. Tan bonito se encampanaba aquel hombre que su verbo parecía un rabo de chiringa hendiendo el espacio con cuchillas y colorines. Don Nené Cabrera se tentaba sus escapularios para vencer el maleficio de la oratoria. El ojo lacrimoso del prócer acechaba a su hombre desde una madriguera de lágrimas coqueando el meneo herético que se traía aquella alma sarmentosa. Era llegado el momento de hacer uno de esos gestos que immortalizan a un pícaro o pulverizan a un cándido.

El prócer tenía la costumbre de recoger en el pueblo todos los zapatos viejos que desechaban los señoritos para quitarse de encima aquellas peticiones de dinero que podían acortar la larga escalerilla de guarismos que el tenía para llegar hasta las

estrellas. El recurso lo tenía abundantemente ensayado. Mientras el hombre iniciaba el exordio imprescindible que lleva toda petición de dinero, el prócer se iba descalzando su zapato viejo y antes de que el otro hubiera terminado su súplica él lo atajaba con un gesto magnífico:- No tengo dinero para aliviar tu miseria, pero llévate estos zapatos para que los vendas o los uses en mi nombre. Es todo lo que puedo darte, ¡un par de zapatos viejos!- El prócer nunca había ensayado el truco con un jíbaro descalzo por un pequeño escrúpulo de lógica. El zapato podía ser un beneficio para un arrabalero pero podía ser una apretura para un jíbaro descalzo cuya ancha planta generosa siempre sería mayor en número que la de un señoritingo planchado. Pero allí estaba don Nené Cabrera con sus tres escapularios colgados de un alma sarmentosa, con cincuenta y tantos votos, amarrados a la cintura, esperando el milagro de un reclutamiento. El prócer se cuadró a matar; con un chorro de lágrimas que le sirvió de bandeja temblorosa a tan extraño presente se quitó los chambones viejos que llevaba en la racimera y se los arrojó a los pies del patriarca.

-¡Toma, es lo único que tengo, llévatelos tú para que no andes descalzo!- rugió el prócer apelando a su propio milagro. !!Yo no puedo sufrir la vergüenza de que un jíbaro de mi país ande descalzo mientras yo tengo el pie cubierto!!-

Don Nené Cabrera se levantó aterrado de emoción. Le temblaba el cabello blanco, los pelos de la nariz, las uñas carcomidas de su racimera. Para un jíbaro descalzo aquello era uno de esos momentos sublimes en que el hombre se siente vindicado de

todas sus desolladuras humanas. Con tan mala suerte que al incorporarse se le cayeron al piso sus tres escapularios antes de que pudiera librarse de la fascinación. El jíbaro estaba anquilosado por la gratitud, creyendo que el prócer se había descalzado sus propios chambones para que don Nené Cabrera, oscuro miembro de un largo abolengo de descalzos, encerrara su racimito cueriduro en chambón que había embalsamado tan ilustre sicotera.

A los gritos de ¡viva el prócer!, ¡viva el prócer! que profería don Nené Cabrera mientras cruzaba el zaguán enarbolando sus chambones, como un símbolo de solidaridad proletaria, llegó el cotejador del barrio Maternillo con los ojos pasmado:

-¿Que diablo le ha dado usted a ese hombre que va como loco?-

-¡Nada!, un par de zapatos viejos- respondió el prócer con una sonrisa de desprecio.

Emilio S. Belaval

Made in Puerto Rico 1936.